

ocupé de referir el modo con que fueron expatriados los jesuitas, en virtud del decreto de 27 de febrero de 1767, para cuya ejecución dió el rey la instrucción competente en 1.º de marzo en 29 artículos, y en 2 de abril se expidió la pragmática sanción para ocupación de sus temporalidades y prohibición de su restablecimiento en tiempo alguno.

74. Pasada la borrasca que sufrió este cuerpo y en la que sin saberlo fué comprometido el piadosísimo rey Carlos III, dirigiendo al papa Clemente XIII una carta fecha en 31 de marzo de dicho año, manifestándole que tal medida la había tomado como económica, indispensable y con profundísima meditación; Pío VII sucesor de aquel pontífice expidió bula en 7 de agosto de 1814 restableciendo la Compañía; y Fernando VII por cédula de 17 de setiembre de 1815 no solo la dió *pase*, sino que la hizo ejecutar en esta América, creando para ello una junta que restituyese á los jesuitas los bienes posibles de su propiedad que se les habían ocupado. Llegada esta noticia á Méjico fué recibida con aplauso, y para realizar la voluntad del rey, Apodaca reunió el acuerdo de oidores, asistiendo en persona á la sesión y con voto consultivo, dictámen del asesor general y pedimento fiscal, se acordó su cumplimiento y que se llevase á efecto su instalación, verificándose el 19 de mayo de 1819 en el colegio de San Ildefonso, fundado por los jesuitas, y único punto donde por entonces podían fijar su habitación por estar ocupados los demás edificios, entregándoseles desde luego este. Desde el año de 1808 se habían presentado en Méjico algunos jesuitas originarios de esta república, y lo eran los padres José María Castañiza, Antonio Barroso y Pedro Canton, quienes se ofrecieron á reponer el establecimiento. De hecho todos estos se presentaron en el colegio de San Ildefonso el día 19 de mayo de 1819 en compañía del señor arzobispo Fonte, el cual con grande acompañamiento recibió al virey y demás autoridades en la capilla del colegio. Un secretario abrió la sesión leyendo la real cédula del restablecimiento. El padre Castañiza reconocido por prelado de la corporación, fué colocado ante el sitial del virey, el cual le entregó una llave en señal de la posesión del rectorado en que entraba. El arzobispo pronunció un discurso felicitando á la Compañía por su restauración, é hizo una reseña de los trabajos que había sufrido en la deshecha anterior borrasca. Cantóse luego un *Te Deum* y el nuevo rector puso en manos del virey una vela encendida en señal del reconocimiento del patronato que ejercía en aquel colegio. Retiróse la comitiva y en la tarde volvió el virey al colegio acompañado de su esposa á congratularse con los padres jesuitas por su restauración, y permanecieron allí ambos consortes hasta la noche en que gozaron de la iluminación del colegio y de los fuegos artificiales que se quemaron en el patio. La restauración no pudo hacerse en lugar mas á propósito para darle impulso y aumento á la Compañía, pues varios individuos del mismo colegio tomaron la sotana de jesuitas y comenzaron á practicar los actos de beneficencia propios de su instituto; en breve tuvieron doce socios formados en el mismo colegio y de consiguiente útiles, á los que se agregaron después otros varios. Florecia rápidamente y se multiplicaba este plantel, cuando restablecida la constitución de las cortes de Cádiz en 7 de marzo de 1820 recibió otro golpe que lo hizo desaparecer por la mano misma que se lisonjaba en cultivar este bello cuadro. El 25 de octubre de 1820 sancionó el rey á despecho suyo y después de haber manifestado la mayor resistencia, la ley de reforma de regulares dictada por las cortes. Estas jamás creyeron que la monarquía pudiera ser feliz mientras existiesen los establecimientos religiosos, y principalmente los jesuitas. Un diputado americano, ó por congraciarse con sus colegas de Madrid, ó porque estuviese imbui-

do en las mismas ideas, hizo extensiva la ley á los monacales laicos de Méjico, es decir, hipólitos que curaban los dementes, belemitas que daban la primera instrucción á la juventud y también convalecencia á los enfermos, y juaninos que curaban á estos en sus hospitales; ¡mal grande vive Dios! golpe fatal que hoy llora la humanidad, y cargo terrible que algun día hará el cielo justo en su residencia al autor de tan infando mal.

75. En seguida vinieron al virey órdenes muy estrechas de la corte para que lo llevase á cabo, pero tan perentorias, que no pudo resistirse á su cumplimiento. En la mañana del 25 de enero de 1821 un piquete de tropa del batallón expedicionario de Cuatro Ordenes se presentó en los colegios de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso, y lanzó de aquellos lugares á los jesuitas. Tratóse de su reposición en las primeras sesiones de la junta gubernativa de Méjico y nada se pudo recabar de ella, pues reservó esta resolución al congreso general que aun no se había instalado; apenas pudo conseguirse en la sesión del 15 de noviembre el que se acordase: "Que podían profesar las novicias y novicios que en su respectivo instituto se hallasen en el caso de hacerlo, y que quedasen abiertos y corrientes los noviciados de todos los conventos del imperio; y que las prelacías de las religiones existentes continuasen en el mismo estado en que se hallaban á la fecha en que se recibieron órdenes del gobierno de España sobre el particular."

76. La ruina de estos establecimientos fué uno de los andamios que sin pensarlo pusieron las cortes de España á Iurbide para que consumase la independencia. Creyó el pueblo que se atacaba la religion, y herida la fibra de la piedad, aumentó su decisión para que se acelerase una emancipación tan deseada.

77. La muerte del general don Francisco Javier Mina fué generalmente sentida en toda la Nueva-España, y aun en la Europa, no solo por los americanos que se prometían tener en él un apoyo firmísimo de la suspirada independencia, sino por los que conocían que aun cuando hubiese conseguido su empresa no habría hecho mas que atarnos al carro de la infortunada España, haciéndonos partícipes de sus desgracias. Los españoles por supuesto lo lloraron como una pérdida de gran valía; era un paisano, y con esto se dice todo en la América; este era también el mayor título de recomendación y aprecio. Este hombre extraordinario fué un genio de la guerra, apreciable donde se estima esta cualidad como la mas singular del ciudadano. Orrantia se cargó con el anatema universal, no solo por haberlo prendido, sino por haberlo insultado después de prisionero; conociendo su posición se marchó para España, y yo lo vi desairar en Veracruz cuando se presentó en una reunión de gente honrada que toda desapareció á su vista; ningún hombre de bien quería, no digo alternar, pero ni aun saludar á un bicho de tal calaña. No pareció menos despreciable el conde del Venadito á los paisanos de Mina, y aun este título con que el rey lo honró se veía como de farsa y burla. Entendiólo así él mismo; pero Fernando VII, á quien suplicó que se le cambiase por otro menos ridiculo, le respondió usando del lenguaje de Pilatos. . . . *Quod scripse scripse*; esto se tuvo por una humorada del rey, y no sé cómo sus sucesores puedan usarlo habiendo cambiado el sistema del gobierno, y cuando por los principios liberales que hoy están en boga, lo que entonces parecia un crimen hoy se tiene por una virtud heroica.

78. Con la muerte de Mina se creyó apagada la antorcha de la libertad; pero se equivocaron mucho los que tal presumieron. Existía en medio de nosotros el general don Vicente Guerrero, destinado para con-

servarla: la pérdida de Cópore (1), Cilacoyoapam, cerro Colorado, Mescala, Palmilla, Boquilla de piedra, Barra de Nauhla, Monte blanco, Mesa de los caballos, Jonacatlan, fuerte de san Miguel Cuitzristarán, unos por fuerza de armas y otros por intrigas, no bastaron para desalentar el ánimo de este caudillo, á quien reservó el cielo por favor el que pudiera decir á su patria. . . . *He aquí mi espada con que he sostenido vuestras libertades, y heme aquí como el único que no ha sufrido el vilipendio de someter su cuello bajo las horcas caudinas. ¡Mortal dichoso! . . . ¡Ah! si los goces que el hombre disfruta sobre la tierra pueden también percibirse en la patria feliz para donde está reservada la plenitud de ellos, yo no dudo que estará en este número, y percibirá también en este instante su dulcedumbre, el caudillo que puede llamarse en nuestros fastos el yo solo de la revolución mejicana, como se tituló al conde de Galvez cuando conquistó la florida é hizo poner este mote como un florón honroso en el escudo de su nobleza.*

Campañas del general don Vicente Guerrero.

79. Un hombre que se presenta en el teatro de una revolución y en un país cuyos recursos se hallan agotados por la guerra, que se ve rodeado de enemigos, tanto exteriores como interiores, que no lleve en su compañía mas que uno ó dos fieles amigos que le siguen en su desgracia, sin mas armas que un fusil sin llave y dos escopetas; que con ellos da principio á la campaña, derrota varias divisiones parcialmente, sufre toda clase de trabajos y privaciones por espacio de seis años en los bosques y cañadas, siendo objeto de la mas tenaz persecución de las mejores tropas y jefes del gobierno; que logra reunir una fuerza de cuatro mil soldados en la extensión de mas de doscientas leguas; que los disciplina, arma, sitúa en los mejores puntos militares; que coadyuva con ellos eficazmente á hacer la independencia mejicana, y que por último, ocupa el asiento de la primera magistratura de la nación, es sin duda uno de aquellos fenómenos en política, y que apenas se hace creíble aun á los mismos que los presenciáramos. . . . Tal fué el general don Vicente Guerrero, cuya historia tengo ya referida prolijamente (2), y que ahora recorreré con la rapidez que exige un compendio. ¡Pluguiese á Dios que la terminación de sus días hubiese sido tan gloriosa como lo fué la serie de sus campañas (3)! Efec-

(1) Este punto lo ocupó el señor Bravo; pero falta de auxilios tuvo que abandonarlo cuando lo atacó el coronel Márquez Donallo en 1817. Saliendo en fuga estuvo á punto de perecer por un voladero; habitó entre las peñas algunos días, hasta que se le proporcionó un caballo en que pudo fugarse; después fué preso, y también don Ignacio Rayon: este salvó la vida por la magnanimidad del conde del Venadito que se conformó con un voto absolutorio de la pena de muerte de un capitán que votó en el consejo de guerra: absolver á un hombre que había hecho tanta guerra al gobierno español solo estaba reservado á la grande alma de don Juan Ruiz de Apodaca. *Hacia que se le presentase con frecuencia á visitarlo, y siempre que iba á verlo le socorria con dinero de su bolsillo: estipuló con él que mientras gobernase no se mezclara en la revolución. Rayon le cumplió la palabra, y la tarde del día en que el virey fué depuesto, Rayon fué á unirse á Iurbide en Querétaro. . . . He aquí dos caballeros, el uno magnánimo, el otro buen patriota y fiel á su palabra.*

(2) Véanse las cartas 20, 21 y 22 tomo 5, del Cuadro histórico, la 1, 4, 5 y 8, tomo 5.

(3) Todo esto lo escribo á presencia de los enemigos del general Guerrero: el que quiera desmentirme que salga al frente.

tivamente, don Vicente Guerrero se vió en el mismo caso que los primeros caudillos del año de 1810, cuando recibieron su misión de Hidalgo y Allende. . . . Todo lo hemos perdido (le dijo Morelos después de la batalla de Puruarán y reconquista del Sur). . . . Id á buscar defensores de la libertad de la patria. Reunido á poco con unos cuantos de sus antiguos camaradas, los arma de garrotes, y en el silencio de la noche sorprende en su campo á setecientos hombres pasando el rio de Tacachi á nado, ataca al enemigo, lo dispersa, sale el sol, y á su luz se ve dueño del campo con mas de cuatrocientos fusiles, otros tantos prisioneros, un razonable botín y parque; tales fueron los felices auspicios con que Guerrero abrió esta campaña. Muy empalagoso y aun inútil sería seguirlo en todas las brillantes acciones posteriores que siguieron á esta, y que ya he detallado en diversas cartas del Cuadro; solo referiré las que obró en grande en el trascurso del tiempo hasta el año de 1821, en que se vió jefe de una fuerza de cuatro mil hombres situados en diferentes puntos fortificados, y con las que auxilió al general Iurbide para que consumase la independencia. Solo me limitaré á decir que habiendo quedado solo y capaz de hacer la guerra al virey Apodaca, este se valió de sus amigos y aun de su mismo padre ofreciéndole el indulto y que se interesaria en su fortuna para asegurarle una cómoda subsistencia; pero siempre se negó y mantuvo firme en sus principios. Creyó el virey que el único gefe que seria capaz de subyugarlo seria el general Armijo; marchó este con una fuerte division, y solo consiguió que Guerrero ajase los laureles que había ganado en la reconquista del Sur en el año de 1814, penetrando por los mismos puntos inaccesibles que con tanta gloria había defendido el general Morelos hasta recobrar á Acapulco y poner en franquía el camino de aquel puerto hasta la capital de Méjico. Verdad es que Guerrero tuvo por segundos y auxiliares suyos á Juan del Carmen, Pedro Ascensio y otros jefes de nombrada que menguaron la gloria de las mejores tropas expedicionarias; pero estos la tenían de obrar bajo su dirección y auspicios. El virey entonces quiso reparar los descabros de Armijo y mandó que se engrosase con quinientos hombres de la sección de Valladolid al mando de coronel Tovar. Cuando Guerrero supo estas disposiciones, el enemigo no distaba mucho de Coahuayutla, y sobre él destacó trescientos soldados, quedándose con quinientos en su cuartel, llevando por objeto atraerlos hacia donde estaba la fuerza principal. Este plan no se ejecutó, porque los americanos avanzaron terreno hasta pasar embarcados el rio, y aun todavía caminaron tres leguas mas hasta el pueblo de Tamo, donde campaba el enemigo, sobre el que avanzaron decididamente, en términos de que en el corto espacio que duró la acción, los realistas tuvieron como doscientos muertos, mas de cien heridos y lo restante prisioneros, con pérdida de solo ocho americanos muertos. El día 15 de setiembre de 1818 fué el de tan señalado triunfo. Quedó la fuerza de Guerrero por esta acción engrosada con mil ochocientos hombres á su inmediato mando.

80. Eran pasados quince días de esta acción llamada de Tamo, cuando se dió otra en las inmediaciones de Cirándaro, con fuerzas iguales de ambas partes que se avistaron en el punto de San Agustín junto á dicho pueblo. Los realistas cargaron furiosamente sobre los americanos, obligándolos á formar un cuadro que resistió los impetus de aquel choque denodado, después de haberse ido guareciendo los españoles en un bosque. Persiguióseles á estos en la fuga hasta entrarse en dicho pueblo de Cirándaro, donde cesó el fuego porque se oscureció con la noche, sin que por parte de Guerrero hubiese ninguna pérdida. Su tropa campó allí mismo formando un

parapeto para pasar die' a noche; la enemiga se apoderó de la iglesia para hacerse allí fuerte, habiendo antes incendiado algunas casas. Permanecieron así siete días, en cuyo espacio de tiempo los atacó Guerrero, y de donde solo pudieron escapar poco mas de cien hombres que les quedaron de toda la fuerza que habian llevado. Dióse esta accion el 30 del mismo mes de setiembre de 1818.

81. Con cuatrocientos fusiles que les tomó Guerrero, se engrosó mas su division, y sin pérdida de tiempo emprendió la conquista de tierra caliente, comenzando por el pueblo de *Ajuchitlan*, distante treinta leguas de Cirándaro, que era el punto mas fortificado y á donde fueron á efugiarse los restos realistas.

82. Este segundo triunfo dió un nuevo orden á todo, así en lo militar como en lo político. En lo político he dicho, y esto causará extrañeza. Efectivamente, Guerrero en asamblea general de su division, acordó instalar una junta gubernativa, para lo cual reunió los diputados dispersos de la junta de Jaujilla, prestósele obediencia, y se arregló á la constitucion de Chilpanzinco; finalmente, para lugar de su residencia escogió el de la hacienda de las Balsas, como el mas seguro y cómodo.

83. Aumentada la fuerza de Guerrero con los triunfos referidos, emprendió la conquista de Ajuchitlan, bastante difícil, pues los españoles lo tenían bien fortificado con atrincheramientos construidos en derredor de la Iglesia, y por lo que el ataque duró cuatro días continuos. Asimismo atacó los cantones de Coyuca, Santa Fe y últimamente á *Tetela del Rio*; después contramarchó sobre *Cutzamala, Huetamo, Tlachapa* y hacienda de *Cuauhtotitlan*, que como mejor fortificada exigió un ataque bastante crudo, que costó bien caro á los que la defendían. Como no era posible mantener unida en un punto tanta fuerza, la dividió en secciones. Dió á don *Isidro Montes de Oca* seccionados hombres para que obrase sobre Acapulco, marchando por la costa de Coahuayutla; igual número á don *Tomás Bodoya* sobre el territorio de Michoacan, y con la restante fuerza Guerrero se dirigió en persona sobre Chilapa. Todos progresaron felizmente, de modo que en enero de 1819 pasaban de veinte acciones las que habian ganado. De Acapulco salió una division para fortificarse con Coahuayutla; pero considerando las dificultades de la empresa, hubo de retroceder á la plaza.

84. Es cosa bien notable que el señor *Torrente*, que se ha mostrado muy minucioso en referirnos hasta las mas pequeñas acciones de las guerrillas, describiéndolas como *batallas campales* con perifollos épicos, no se hubiese acordado de ninguna de estas. Tal vez el conde del Venadito no las referiria á la corte, avergonzado de que la revolucion hubiese reaparecido de una manera tan vigorosa cuando él ya la daba por terminada de todo punto y en paz o tavia en el reino de Méjico; de otro modo no podia ser, pues á este escritor jamás han faltado frases pomposas y altisonantes para hacer pasar por victorias clásicas las derrotas mas completas de los realistas, como la del monte de las Cruces en las inmediaciones de esta capital (1).

85. *Pedro Ascencio*, alias *Alquisiras*; he aquí un nuevo genio de la guerra que apareció en estos mismos días para ceñirse de laureles y aumentar los muchos que habia ya cortado Guerrero, bajo cuya di-

(1) *La imprudencia de Venegas llegó á tal punto, que hizo grabar una medalla grande para perpetuar la memoria de este triunfo soñado. El grabado de Gordillo está de muy mala mano, y el que dirigió esta medalla sabe tanto de numismática como yo de astronomía. ¡Qué vergüenza que así se pretendiera engañar á la posteridad!*

reccion obraba. Este indio, originario del pueblo de *Aguilapan* cerca de Teloloapan en este arzobispado, bastante instruido en el idioma castellano, habia adquirido las primeras nociones militares bajo la direccion de don José María Rayon, que puso á sus órdenes cincuenta hombres y después al lado del guerrillero *Vargas*, de cuya compañía se separó por los infortunios generales de los años de 14, 15 y 16, y sosteniéndose por sí solo arribó al curato de *Tlatlaya*, y se ocultó solo en una barranca. Hallóse después casualmente ocultos en otra barranca siete fusiles que agregó al que consigo traía y con ellos armó otros tantos hombres y comenzó á hostilizar á los realistas con tan buen suceso, que dentro de tres meses llegó á mandar trescientos indios, sobre quienes ejercía un ascendiente poderoso, pues le amaban tanto como lo respetaban y temían.

86. Hallábase Ascencio en el centro de sus enemigos, y como el territorio de Tlatlaya es montuoso, se ocultaba en sus fragosidades y procuraba defenderse de catorce cantones que lo rodeaban. Propúsose organizar un cuerpo de tropa reglada, y poniéndose de acuerdo con el párroco de Tlatlaya, de diez mil almas que poblaban aquella comarca sacó el décimo. Organizó además una compañía en cada pueblo y mandó que el resto de la gente se ocupase en las labores del campo, y que solo en lances extraordinarios se reuniesen los mil hombres escogidos, permaneciendo acuartelados solo quinientos; mas el restante que debería habitar en sus casas, relevaba á estos. Acordó asimismo no fortificarse en punto alguno por entonces. A los trescientos hombres con que comenzó sus excursiones, reunió quinientos con buen armamento y disciplina, alimentados de sus mismas familias, y no les permitió vestir uniforme, sino que usasen su traje peculiar, para que en caso de ser prisioneros no fuesen tratados como soldados, sino como indios navorios que pudieran hacer creer que habian sido tomados por fuerza, y por la misma obligados al servicio. Acostumbrólos á la fatiga, caminando algunos días quince leguas sin mas viveres que dos tortillas gordas. Con tan buenas disposiciones, este campo volante en cuatro ó seis días atacaba los cantones y no daba punto de reposo á sus enemigos. No montó su caballería en caballos, sino en mulas, porque siendo estas cabalgaduras las mas propias para trepar cerros y texcallis, que no pueden los caballos sin destroncarse, él con la mayor facilidad se desprendía por los voladeros, y descargaba como un torrente sobre sus enemigos por sendas estrechas y desconocidas y cuando menos se cataban. *Viriato ni Espartaco* en iguales circunstancias no habria tomado mejores medidas para ser el terror de los romanos, que las que tomó un pobre indio que tal vez un opulento castellano lo habria desechado para lacayo ó portero de su casa. Siguiendo este plan, en breve tiempo desalojó á los realistas que mas lo mortificaban de los puntos de *Acatempa, Amatepec, la Goleta, las Truchas y Pochote*, apoderándose de un gran número de fusiles y cañones. Entonces el gobierno de Apodaca proyectó la medida mas destructora para obligarlo á que se indultase, y fué mandar talar las sementeras, pues ella le habia obrado buen efecto en Huatuszo; pero le salió muy errada, porque apenas habia hecho esta operacion una fuerte division en un prado, cuando he aquí que quinientos indios se presentan á defenderlo: el furor se apodera hasta del último soldado, porque no hay cosa que mas irrite á un indio que el que le corten una mata de milpa ó un helote; entonces cargan reciamente sobre los realistas, y el que no muere en el acto del ataque muere en el alcance, y casi todos perecieron. Volvió á la carga otro grueso escogido de tropas de Toluca, Querétaro y Celaya, con mas de cien hombres de la escolta del virey, y sufren otra gran derrota en el lugar llamado *Cerro Mell*.

Ascencio, saliéndose de las montañas, marchó sobre *Teloloapan, Iguala, Tasco, Zacualpa y Valle de Toluca*, y aun logró quitar el destacamento de la hacienda de la Huerta inmediato á esta ciudad. Ya entonces Apodaca recurrió á la seduccion por medio de dos clérigos; Ascencio que lo supo impidió la llegada de estos á su campo, por no verse en el caso de quitarles la vida. No corrieron igual suerte estos dos espiones seculares, que aprendidos con los documentos que comprobaban su mision, fueron ejecutados. Supo el gobierno que Ascencio estaba enfermo de la caída de un caballo, y creyó ser sazón oportuna para cogerlo: una fuerte division á marchas dobles marchó al efecto, y no lo logró, porque avisado por sus escuchas lo supo en tiempo. Presentáronse los realistas colocando su artillería en el centro, y en las alas su caballería para envolver á los americanos, que aguardaban formados. Trescientos de estos á la derecha enemiga habian avanzado mucho terreno; pero se acercaron á un bosque inmediato poblado de otates, al que prendieron fuego, las cañas comenzaron á arder y causar un gran estallido, que semejava á un fuego granado de fusil; y esta circunstancia les hizo creer que allí tenia Ascencio alguna reserva. Las guerrillas de este desde las alturas le causaron un grande estrago; todo les obligó á retirarse sin haber conseguido su plan.

87. En la Gaceta de 1820, tom. 1, pág. 379, confiesa el comandante don Juan Dominguez al virey, que cuando fué á destruir los sembrados plantados á las márgenes del rio de Ixtapa y todos los animales que podian contribuir al sustento de los indios, así como las casas de Amatepec y San Simon, cuando menos lo pensaba he aquí que se le presenta Ascencio. La formacion suya (añade) era tal, que cuando la vió creyó ser del rey; marchó á tomarle una altara que dominaba el camino que traía Dominguez: eran pasadas hora y tres cuartos, y Ascencio conservaba su posicion haciendo un vivo fuego. A las once de la mañana ya se hizo la accion general, y Dominguez no pudo desalojarlo á la bayoneta. Ascencio se quedó solo en el llano que llaman de la Capilla con dos cornetas, y á su lado dirigia con toques las maniobras. Esta accion es conocida con el nombre de *Santa Rita*, por un fuerte que allí habia después colocado. Al tiempo de darla Ascencio se alegró, y segun declaró un prisionero desertor de los españoles, dijo alborozado: *Has-*

ta que se me logró el gusto de derrotar á una partida de Ordenes; y así, soldados, á atacarla! Jefe que entra en una accion con tanta tranquilidad, es un hombre dotado de ánimo! y formado en la milicia; este era Ascencio. Quitó con bastante valor el destacamento de realistas de San Martín de los Lubianos, que era el que mas le mortificaba; pasó á hostilizar á Sultepec, no lo tomó por ciertos obstáculos de credulidad comunes entre los indios, y que mas le perjudicaban para sus empresas que las armas reales.

88. El coronel Rafols (que era uno de los mejores oficiales expedicionarios) se queja al virey (1) de una zalagarda que le jugó. Supo Ascencio que lo iba á atacar en el mencionado fuerte de Santa Rita: mandó á una guerrilla que tiroteara á Rafols; mas en el acto de estarlo haciendo los indios, se subieron con precipitacion al fuerte, donde tocaron generala. Creyó Rafols que su compañero Arana era llegado y marchó á su socorro. Efectivamente, vió en el camino que del fuerte salian huyendo varios soldados, desprendiéndose por una cuchilla para las barrancas, de modo que parecia estar el fuerte abandonado por sus defensores, y ellos en fuga; entonces Rafols toma aliento, avanza con precipitacion para ocuparlo, y los de Ascencio lo reciben á balazos y le hacen grande estrago. En 22 de mayo este mismo jefe realista sufrió otro descalabro en el cerro llamado de la *Rueda*, donde las piedras rodadas por la indiana, le causaron mucho mas estrago que pudieran las balas. Cuando toda la Nueva-España estaba subyugada al cetro del monarca español, solo Guerrero y Ascencio, con algunos pocos oficiales de nombradía en el Sur, podian lisonjearse de que mantenian inextinguible la lámpara del fuego patrio. El virey conde del Venadito no podia tener la satisfaccion de decir á su monarca que habia consumado la obra grande de la pacificacion para que habia sido enviado; esto le amargaba sus días y solo se ocupaba de pensar en el hombre que debería dar cima y término á la total reconquista; pero ¡ah! que este mismo general en quien pensaba, estaba destinado por el cielo para desvanecer sus proyectos y arrancar de sus manos la presa que creia tener bastante aferrada. Mas esto será asunto de otro libro, como verán mis lectores en el siguiente.

(1) *Gaceta núm. 31 de 28 de abril de 1820.*